## Algo tremendo trepa

El libro de las tredécimas

Jorge Rojas

Instituto Caro y Cuervo, Santafé de Bogotá,
1991, 101 págs.

Se rumora, en voz baja o trepidante, que las postrimerías del siglo XX arrastran, tras su propia extinción inminente, la de muchas cosas y asuntos "prontos a un buen morir, en hora buena". Las formas poéticas son unas de estas tantas pervivencias penosas que serían asunto de curiosos o porfiados, pues la historia hace ya un buen tiempo que desembarazó a las palabras de los pesados moldes que las inmovilizaban, abriendo, en cambio, las puertas a la libertad más radical y provechosa. Así las cosas, la presencia del último libro del poeta Jorge Rojas, publicado por el Instituto Caro y Cuervo en 1991, nos aboca a la mayor sorpresa, no sólo por el excelente y depurado aliento poético que lo sostiene, sino por la circunstancia incontestable de que en manos del artista genuino toda restricción o imposibilidad es simplemente pérdida de tiempo.

El libro de las tredécimas, compuesto por cuarenta y dos poemas sometidos a un "itálico modo" en el que a partir de las cuatro últimas estrofas de la terza rima, las tres primeras de ellas de tres versos cada una y la última de cuatro, se componen trece versos asonantados o tredécima, evidencia la voz de un poeta cabal, formado a lo largo y ancho de una prolija vida humana y literaria, y capaz, no obstante su vasto conocimiento del oficio poético, de enfrentarse al poema con una sencilla transparencia, honda e inmediata. El aire renovador, con el que las entonces jóvenes generaciones de lectores colombianos se encontraron al leer a Jorge Rojas y su grupo de piedracielistas, se mantiene intacto en éste su último libro, porque más allá de formulismos y amaneramientos, lo que alienta a través de sus páginas es un espíritu poético genuino, una voz que descubre y crea en los seres y en los hechos más ruinmente

cotidianos la inexplicable maravilla de ser, de estar siendo, y de dejar de ser.

Jorge Rojas habla de cosas bellas y terribles, de los instantes íntimos que permiten a un ser humano experimentar la impecabilidad de la vida y de las eternas y siempre estremecedoras emociones que determinan el tiempo de los hombres: el amor, la muerte, la eternidad. Pero esta vez no es el joven o el hombre maduro que siente "sobre la noche cómo pesa su sangre" o "¡qué afán de elevación tiene su abismo!", sino el poeta alzado en años que mira y presiente y conversa con ausencia que el paso de los años ha acercado o ha enseñado a convocar. El poeta ve las cosas inmediatas y ajenas, presentes y al mismo tiempo teñidas de extrañeza y nostalgia, casi completas en su dualidad sospechada y apenas ahora comprendida. En El libro de las tredécimas los objetos y aconteceres se hacen trémulos en la fragilidad de sus presentes, más que nunca inciertos y contingentes, como el poeta mismo, como el yo universal que se funde al penetrar en sus palabras.

Pero el mundo que nos presenta Jorge Rojas no tiene nada de desvahído, insípido o fatigado. Las cosas, en cambio, brillan con toda intensidad y pureza y los sentimientos palpitan vitales como nunca, al borde mismo del *Presentimiento*:

Algo tremendo trepa por mis
huesos, [...]
¿A dónde huir? Espero la mañana
que me presta su luz y a donde miro
hay un cerco de espinas que me
aguarda.

¡Inútil alma mía! Un torbellino yo no sé, si de espanto o de alegría me cegará. Ofréceme tu auxilio que el amor o la muerte se aproxima.

Amor y muerte siempre celebrados, que juntos e indisolubles conducen la barca del destino final que nos aguarda:

Este pasar ya nada lo detiene icemos el amor sobre la barca para alumbrar la ruta hacia la muerte.

El poeta sigue ejerciendo su esperanza. Cercado por intuiciones y presentimientos, cuenta con la certidumbre de su naturaleza y de su lucidez. Su mundo evita licencias de cualquier naturaleza. Despojado y austero, se resuelve en la alegría de ser cierto y de manifestarse así, ante sus propios ojos, que ya no atormenta la ambición, y ante los de quienes se plantan frente a su palabra. El libro de las tredécimas fluye continuo y preciso, teñido con influjos de nostalgia, pero lejano del arrepentimiento o la congoja. Regocijo hay en él. Regocijo de ser, de amar, de ignorar, de marcharse cualquier día confundido por los destellos implacables del tiempo.

RAFAEL M. MÉNDEZ BERNAL



## Los nombres de nadie

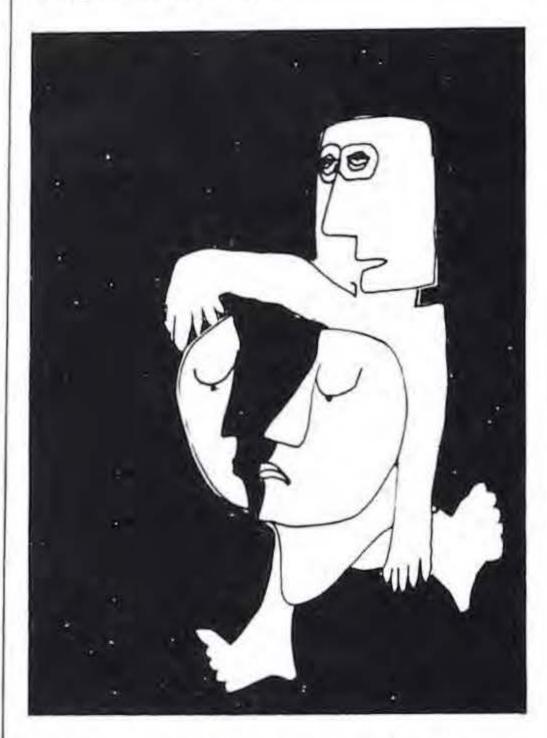
Luna de ciegos. Poemas

Juan Manuel Roca

Editorial Universidad de Antioquia, Medellin,
1991, 267 págs.

¿Cómo acercarse a un agua con tantas orillas? ¿Cómo develar los nombres múltiples de nadie? Nadie, palabra clave para analizar la poesía de Roca. Poesía nocturna y visceral en la que el poeta es "los otros" nombres dichos a veces, a veces tácitos para un rastrea-

dor avisado, y en ocasiones desconocidos. En otras palabras, ¿cómo identificar las influencias en un poeta que ha asimilado a fondo la poesía que lo influyó? Dejemos esa tarea a los sabuesos de la crítica.



Nadie, objeto a veces del poema; sujeto de la acción poética, en otras. La sintaxis del francés se deja sentir: "Nadie no se ocupa de mostrarse" (Nadie, pág. 28), es "Alguien [que] hace el cambio de agujas en el muelle...", sujeto fantasma que se transparenta accionando para que el poeta participe de su acción, para quedarse por siempre en la estancia del poema (Trenes, pág. 39). Nadie es la extrañeza misma, la cualidad que permite al oficiante del sueño, al poeta, penetrar al territorio vedado de lo invisible: "...la certeza de que alguien camina a nuestro lado..." (Como bellas mujeres, pág. 40). A veces "Nadie" quiere insinuarse, tomar figura, pero apenas se deja notar, es "...ese mensajero que venía en bicicleta/traía el papel que anunciaba la matanza" ..."Alguien dijo: Nuestro país se desangra..." (Mis deudos jugaban con un violín prestado, pág. 47) y si en ocasiones parece ser identificable con el fantasma inocuo o la presencia indefinible, en otras es amenaza, supuesta prolongación del miedo que fluye en el poema: "Alguien llega./Pienso que viene por mis manos" (poema citado).

Siguiendo ese rastro singular nos hallamos con que tal presencia no es nadie más que el poeta mismo: "...el que me habita me persigue por estos

parajes..." ... "yo estoy lejano buscando un cuerpo que invadir..." ... "miren: el que pisa mis talones [es también] el que se asoma a mis ojos para mirar el agua rota...", "...el chapucero que habla por mi boca/el sigiloso que toca mi hombro y se esfuma entre albañales/me jala de un brazo: /me lleva a contemplar espejos negros" (Bosque de lenguas, pág. 65). Ese alguien se erige en anunciador de lo nefasto (papel que se reitera a lo largo de toda la obra), es la voz que advierte sobre lo que ocurriria "si [otro] alguien encontrara/una aguja en el pajar/podría morir la costurera... si alguien cortara /el hilo de su sueño/ ...dará un tajo a su cabeza... / quedan advertidos" (Anuncio). De muchos modos, el poeta, so pretexto cualquiera, "es todos", se configura como esencia total y esta esencia se prolonga a todos los sujetos, a todas las personas gramaticales. En Sueño (pág. 81) este alguien nadie es "aquel amante.../ aquel hidrólatra.../ amaneció rodeado de peces/ sus ojos sin color/ blanca la córnea/". Este "aquel" ha muerto, empero que... "no sé quién es/ aunque al pasar por un espejo/ crea reconocerlo". El recurso del sueño, utilizado en toda la obra, permite que ese "aquel" no haya muerto y devenga o sea el autor mismo. Dentro del fenómeno que constituye esta identificación múltiple, lo fantasmal desempeña un papel preponderante, el fantasma es una de las tantas extensiones del poeta. Ello se vuelve evidente en el poema Lapsus linguae: "Mis fantasmas.../ me recuerdan.../ porque yo puedo ser el guerrero.../ o sus caballos/ o el imprudente.../ el rey de los tuertos, el sonámbulo/ ...yo puedo ser el cazador.../ el que enciende una lámpara.../ el domador de sus silencios/ el lapsus linguae de los que verdaderamente soy" (págs. 84-85). Por una suerte de inversión aparece la extraña conciencia, esa conciencia de la que cualquier poeta ha sido preso, que lo sobrecoge y de la que tantos testimonios dan fe, esa de sucumbir al trance, la de ser poseído por una fuerza exterior, la de obedecer para que "lo otro" hable, ese extraño fantasma; (Fabulario real, pág. 120), "Ahora logro estos/ paisajes gracias al fantasma agazapado a mis espaldas, al que escribe/ por mí, al desconocido que habla por mi boca". Esa conciencia extraña de ser el alter, hito ubicuo, persona personne, en la que lo que separa y extraña identifica (por paradójico que sea) al que escribe con los demás; en Carta del ausente se reitera: "...siempre habrá un ausente en mi pellejo,/ un ausente que convive con mis pasos..." (pág. 131). Botellas de náufrago es uno de los poemas en que esa otredad se hace más patente manifestándose a la manera existencialista como un extrañamiento de ser (una identidad), perplejidad de ser un pellejo determinado, situación que se repite en poemas como Furor y delirio, Crónica del habitante, Parábola del cuerpo y el deseo y que parece rematar con el poema final, Arenga del cuerpo, donde el poeta se siente invadido por sí mismo.

En Luna negra de 1930, Nadie, como identidad del poeta, se ve llevado a una propuesta extrema y en inversión de la propuesta "todo ser es idéntico a sí mismo" aquí se diría "nadie es idéntico a todo ser" y el poeta habla desde la perspectiva de la nada anteprenatal. De paso anotamos que este poema, precisamente por obra de un singular azar, se trunca zambulléndose en la página 129 y reaparece en la 132, tal vez uno de los excepcionales errores de esta buena edición. Nadie reaparece insistentemente (Penélope y el olvido, pág. 211) o asume los papeles, alternativamente, del poeta mismo en primera persona o la primera persona de muchos (por ejemplo, los Monólogos en los que este "Ciudadano de la noche" se transforma en afilador, volatinero, gitana, bailarina, sastre, solitario, aprendiz de cazador, etc.) para que "Nadie" se haga "tan Nadie" que termine por ser todos los "Alguien" que son, llegando el poeta, a través del laberinto del yonadie a sufrir una metamorfosis a cuyo término debiera conocer una identificación cuántica con el universo mismo (consciente de ello o no), con esa realidad ilusoria donde quizá no somos más que "...el eco de un fantasma" (Boca de luz, pág. 250) que habita todo el libro y que como obsesión del poeta llega a poseer su propia y Breve historia de Nadie en que... "es un eterno personaje, un fantasma en los valles del poema" (pág. 253).

Desde esta mirada, donde Nadie se manifestaría como esencia cuántica, es en el poema *Naturaleza muerta:* "me pregunto qué trozo soy del paisaje" (pág. 262).

La poesía de Juan Manuel Roca, una de las más definidas y conocidas de los últimos decenios, se caracteriza, así mismo, por buscar resueltamente la alquimia verbal, por retomar el lenguaje popular y convertirlo en lenguaje poético, razón interna para que haya adquirido una popularidad única y sea gustada por toda clase de lectores, amén del hecho de que dentro de la temática universal que encierra su producción esté incluida una visión contemporánea de nuestro país, de su problemática y de todo lo que atañe al hombre común, no intelectual, el que sufre y se agita en el sangriento hervor de nuestra violenta época. Sin embargo, podríamos afirmar que tal característica se puede considerar una fuerza débil, pues siendo testimonial se constituye igualmente en un factor temporal cuya vigencia está por verse en el contexto de un largo plazo. El gusto por disecar la palabra es una veta que provee al poeta de la posibilidad de derivar de un término todo un contexto, nuevas imágenes (insospechadas), nuevos significados, incluso metáforas. Todo ello hace del poeta un artifice singular, recursivo hasta límites donde se desdibuja para penetrar en otros territorios y convertir signos y voces ajenas en materia de su propia y singular poética.

RAFAEL PATIÑO GÓEZ

## La felicidad de la poesía

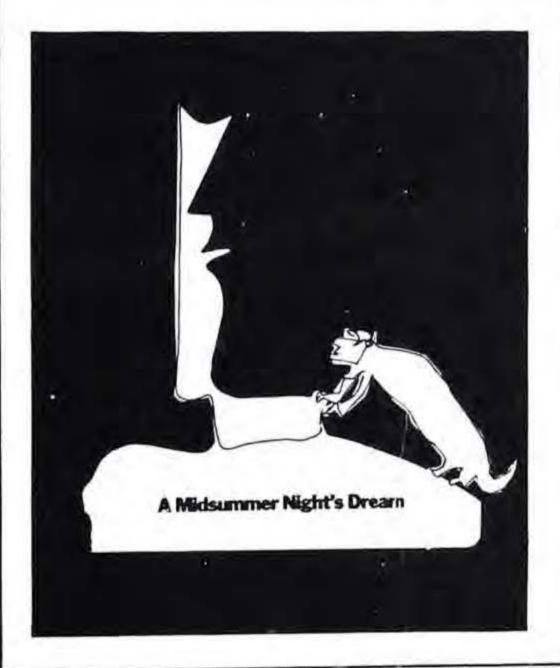
El confuso trazado de las fundaciones Ramón Cote Baraibar El Ancora Editores, Bogotá, 1991.

Traigo del mundo su furor
contagioso,
su lección inacabable.
Pero, ¿qué podemos ser
si todo lo que vemos
nos tapa los ojos? [pág. 69]

Con este poema termina El confuso trazado de las fundaciones. Y esa pregunta, quizá terrible, ha sido respondida ya en el mismo libro. Lo que podemos ser nos lo otorga sólo la poesía, única prueba —como se ha dicho— de la existencia del hombre sobre la tierra. Un ser iluminado por la poesía es dueño de su interior y, allí, del verdadero sentido del mundo. No importa su suerte final.

Este libro de poemas de Ramón Cote Baraibar nos ha conducido por caminos de imaginación y belleza, a través de la palabra: santo y seña del cual el poema no puede prescindir. El combate palabra-poesía está justificado porque al final debe aparecer un silencio iluminado que habla del mundo con un lenguaje propio. Y este libro lo ha logrado. La poesía triunfó sobre el precario espacio del poema. Un pulso firme lo condujo y fue conformando el entramado de la infancia, el colegio, los juegos, la ciudad, el amor. Lenguaje secreto que no cede a las definiciones, ni a los excesos, ni a las gratuitas alegrías. Poemas que trascienden el común acontecer de la realidad, pero no lo hacen para disfrazarla, sino para ver, a través de una mirada interior, la belleza de lo simple, alma de la poesía:

A medianoche
una luz encendida en lo alto
de un edificio
es un imperio.
La orfandad de ese involuntario
faro
es una solitaria prueba de la vida.
[pág. 46]



El pulso firme no los despoja de la emoción que aparece, sin embargo, contenida por un silencio que reflexiona y deja puertas abiertas al aislamiento y la quietud. Esa emoción es lo que acerca su lectura a la experiencia personal y lo que hace del libro algo vivo que palpita quedamente entre las manos. El vasto aliento que se percibe aquí no está signado por la extensión sino por la precisión, por la alegría que se adivina en el poeta cuando logra decir lo que quiere y lo hace con los argumentos de la poesía: el verbo y el cielo.

En el prólogo a su Muerte sin fin, José Gorostiza llama la atención sobre algo esencial: cada vez nos acostumbramos más a tener con nosotros libros de versos, pero poca poesía. Anécdotas personales que conforman a veces pequeños cuadros descriptivos por donde aparece intermitentemente la cabeza del autor, pero en contadas ocasiones ese libro obedece a los frutos de la poesía, a los momentos sagrados y únicos de una existencia que conciten el milagro del mundo. Demasiado pedir, quizá, como anota el mismo poeta mexicano. Como sea, he recordado esas ideas volviendo a El confuso trazado de las fundaciones, porque en este libro el discurrir de la vida común y corriente se erige justamente por encima de lo meramente circunstancial. Aparece, sí, el lenguaje de la poesía para mostrarnos que la belleza (pretexto infinito del arte) se encuentra en lo subyacente de la realidad. Intima raíz de toda naturaleza.

El poema de la infancia es la mano tendida a un hermosísimo sentimiento que me toca en el sueño, intangible felicidad:

Ya no se escucha por las noches deliberar al tribunal de los altos eucaliptos. Ha desaparecido la paciencia del sauce. Entonces, por las mañanas, la casa encerada fluía con el viento. Mi infancia es un picaflor que golpea los grandes ventanales. [pág. 20]

Son los resultados de la palabra poética que no obedece al fácil camino del edulcoramiento, sino a la imagen